

Diciendo: "Vé qué llagas tan fatales

Deja un animalillo pequeñuelo.

"¿Por qué lloras, mi Amor? No te asemejas

[Con risa celestial clama Citéres]

Tú también á las pérfidas abejas?

"Pequeñuelo ¡oh rapaz! cual ellas eres;

Pero ¡qué llagas tan fatales dejas

Con tu temido arpon siempre que hieres!"

El anterior soneto basta para hacer la reputación de un poeta y el elogio de un artista. Ipandro Acáico no escribe versos. los ciucela. Es el diamantista de la palabra rimada, que diría nuestro primer bardo lírico —Cuando yo abro los *Bucólicos griegos*, del Sr. Montes de Oca, creo penetrar en un templo corintio. Jamás he podido leerlos sin trasportarme á los tiempos de la antigua Atenas, en que al són del caramillo y la zampoña floreció la poesía bucólica.

Pero voy extendiéndome más de lo que yo quisiera en estos apuntes. Para terminar, réstame hacer algunas advertencias indispensables, por las que debí comenzar sin duda.

A no pocos extrañará que en un periódico liberal, como el nuestro, aparezca el retrato de un Obispo. Pues bien; sepan una vez por todas los que abriguen escrúpulos semejantes, que "La Revista de Mexico" admira el talento y rinde culto al mérito, sin distinción de profesiones ni ejercicios. Tan venerable es para ella un sacerdote cristiano que medita y estudia, como un ateo que trabaja por el engrandecimiento de la Ciencia. El verdadero ingenio no tiene gerarquías posibles, ni más títulos para la estimación pública, que sus virtudes y merecimientos. Hoy aparece en este periódico un prelado ilustre, digno por mil consideraciones de homenaje tan humilde; tal vez mañana a sea D. Ignacio Ramírez, el pensador profundo, el filósofo insigne, el maestro inolvidable, quien honre las columnas de "La Revista."

*Ignacio M. Luchini*

